Eso. Poner una fábrica de fosgeno. Hacer revistas literarias es como poner una fábrica de fosgeno. Clandestina, por supuesto. A la manera de una novela de Roberto Arlt y *Los Lanzallamas* francotiradores: sus personajes del *Arlt*rólogo y Erdosain.

En condiciones de guerra en tiempos de paz, no tiene caso tanta tonta institucionalidad, aunque rime. Literariamente, hay que lanzarse a las llamas. El *ghetto* parece entonces mejor táctica que el diálogo. Se trata de operar desde una guerrilla estéti*conceptual*, donde todo acto es mejor que un pacto, pues sería *nonsense* sentarse a negociar con el *stablishment-quo* lo que *a priori* ya se sabe que empezará en bancarrota. Permanecer de pie, incluso pegado a las cuerdas y esquivando *jabs*, resulta a la postre la postura más higiénica para que no se postre la columna del clandestin*autor*. Al respecto, fue lastimosa la imagen del cadáver del propio Arlt, trans*postrado* en helicóptero como un poste sacro-lumbar sobre la fotofija de su ciudad: Pésimos Aires.

–Revistas literarias, ¿para qué...? –pregunta el Editor en Jefe oficial–. ¿Para publicar *ad libitum*, *ad limitum*, o al azar..., sin balance ni bula papal..., sin comentarios ni consenso..., sin curadoría ni censura *cinic*ómica o paternalis*tutelar*..., sin contexto histórico ni criterio editorial que no sea el deseo privado de jugar a la social-libertad..., ese irreverente y rabioso juguetico intelectual...?

Y la pregunta deja en suspensivo una amarga gota del veneno de la verdad... De hecho, la novela *Los lanzallamas* es la apoteosis de los puntos en suspensivo...

Por eso es preferible dejar el tema de lado, ponerse la mascarilla antigás, y volver al uso del fosgeno como sustancia 2007% letal, cuya síntesis popular (a partir de cloro doméstico y óxido de carbono automotor) sigue estando prohibida por alguna ilegible ley.

Y es que el fosgeno es un vapor liter*árido*. Por eso mismo lo primero es poner la fábrica y punto. Sin mayor averiguación ni tantos *diálargos*, como los del *Arlt*rólogo con Erdosain en la tardenoche pre-revolucionaria de Temperley. Tampoco hay que tener mucho temple. Para hacer una revista literaria basta con poner una fábrica de fosgeno: ubicarse en un mínimo mapa de maquinitas centrífugas, compresoras, manómetras, refrigerantes, de embalaje, rotulado y guillotinación («Este sistema de fabricación es angloamericano», dice el criminal informe de Arlt).

Aunque sea digital, hacer una revista es como poner una fábrica de fosgeno en el punto más limítrofe de nuestra literatura preindustrial (y toda local*literatura* lo es). Es rebasar un borde, tantear el abismo de lo fronterizo y lo fantasmal, acaso también el de aquella pre-revolucioncita lanzallamada en secreto por los chicos Arlt.

Ficha Técnica Anexa: El fosgeno es mortífero incluso si se diluye 1 parte en 959 de aire (lo cual lo hace ideal para la contaminación de toda atmósfera ideosimbólica). El fosgeno obliga a ser respirado y así se autodisemina, provocando un cambio de protocolos de lectura en uno y otro pulmón del lector: es un virus virtual cuyo ADN político puede girar dextro o levo, según... El fosgeno es bastante denso (1.492) y flota muy mal en los pasillos ministeriales. Al quedar pegado a la superficie, sus moléculas no ascienden ni profundizan, por lo que es la pura duda y relatividad, una meseta intermedia sin continuidad ni transición: mera recirculación de átomos y quarks en una atmósfera macr*oficial*. El fosgeno ya ha sido empleado con éxito por los terro*ritmos* de vanguardia como una p(s)icoescritura privada y antisocial (recordar la pica clavada en Trotsky, acaso por leer demasiado atento el texto de un mercader), y casi siempre su uso ha sido de contrabando con tal de no pagarle impuesto al Estado. El fosgeno demuestra más que muestra, en tanto recurso más que discurso (*fatum* fáctico). El fosgeno es un tufo fu*gás*, una fuga, un vaho tránsfu*gas* que se constituye en delito a falta de deleite y delirio (y a exceso de canon a la cañona).

–Revistas literarias, ¿para qué...? –pregunta el Editor en Jefe oficial–. ¿Para implosionar las murallas con el pinchazo de una aguja loca y locuaz..., sin punta ni pauta...? ¿Por el placer de lanzar el texto como se patea una piedra al abismo..., sin concesiones ni correcciones de estilo..., sin hastío ontológico..., ni ortopedia de *paideias*..., y sin mayor táctica gramatical...? ¿Para publicar como quien hace *puenting* sin protección..., sin correajes ni mallas..., en una diasporizante diálisis contra el vacío y ósmosis intertextual...? ¿Para tender puentes parapolíticos a quien quiera *adiccion*arse a esa fascinación del complot: una tara de escritor fracasado inaugurada por el nombre completo de Roberto Godofredo Cristophersen Arlt de Iobstraibitzer...?

Y la pregunta deja en suspensivo una amarga gota del veneno de la verdad... De hecho, la novela *Los lanzallamas* es la apoteosis de los puntos en suspensivo...

Por eso es preferible dejar el tema de lado, reponerse uno mismo la mascarilla antigás, y revolver nuestra propia pasta de fosgeno en tanto plasma 2007% letal, una de cuyas propiedades coligativas sería la altísima conectividad gaseosa vía *e-mail* (dada la persistencia de un correo postal con demasiada seguridad para ser seguro).

Y es que el fosgeno no se fabrica para leer en la plaza, ciertamente. Sino para releer en la alcoba. Es reconsiderarlo todo, reescribir no sólo los siete, sino los dos mil siete pilares literarios de la nación (o su noción de nación). Es recontar la historia y la metahistoria, reevaluar el canon y su contracanon (dos marcas de cámaras fotográficas, donde una siempre se vende más). Es repoblar el desierto del provinciano *camping* literario mundial, y reforestar aquellos árboles decrépitos durante décadas: rociarlos con fosgen*abono* hasta sustituirlos por algún rastrojo rizomático, múltiple y menor. Es repensar el lenguaje, repesarlo y repasarlo con pericia de perito ingenieril: rescatarlo del abuso *ad usum* tecnoburocratizado, parlamentoso y ministeril (hasta restaurarle su misterio y su aura oscura, a la medida del hombre si no nuevo por lo menos real). Y es, por supuesto, huir sin mostrar la cara. O con otra más*cara* puesta, camuflada de raicillas y cascarilla post-post: en tanto operarios, se trata de mutar por cualquier válvula de escape que no implique ningún *epos* fundamentalis*trascendental*. Es volver a ser volátiles, como todo gas (incluido el fosgeno, tan hipermutagénico, súpervolatizable y voraz).

Eso. Poner una fábrica de fosgeno. Hacer revistas literarias es como poner una fábrica de fosgeno. Clandestina, por supuesto. A la manera de una novela de Roberto Arlt y *Los Lanzallamas* francotiradores: sus personajes del *Arlt*rólogo y Erdosain, protosuicidas literales y literarios en medio de un conato de conjura, cuando *a priori* ya se sabía que era demasiado *tarde*noche para intentarlo por dos mil séptima vez.

Post-*rev*istería y pre-*rev*olución: en cualquier variante, que nuestro contræpitafio ahora sea

REV IN PEACE.

OrlandoLuisPardoLazo
LaHabana · **71**

·fosgeno·fosgeno·fosgeno